

BEATO BENEDICTO DASWA (1946-1990)

El papa Francisco, en su decreto de beatificación, lo describió como un «catequista diligente, maestro reflexivo, testigo del Evangelio hasta el derramamiento de su sangre». Tshimangadzo Samuel Daswa nació el 16 de junio de 1946 en la aldea de Mbahe en la provincia de Limpopo (Sudáfrica), en la diócesis de Tzaneen; murió mártir de la fe el 2 de febrero de 1990 y fue beatificado el 13 de septiembre de 2015.

Cuando Benedicto se hizo católico, entendió que había aspectos de la cultura africana, como la práctica generalizada de la brujería, la magia y el asesinato ritual, que ya no podía aceptar. Su posición frente a estos profundos y oscuros problemas de su cultura lo llevó a pagar el precio máximo del martirio. Su muerte brutal por lapidación y palizas lo ha convertido en un héroe para todos los cristianos en África, y en cualquier otro lugar donde se lucha por liberarse de la esclavitud de la hechicería. Benedicto Daswa vivió su vocación cristiana con alegría y entusiasmo, pero al mismo tiempo con modestia y humildad, como lo demuestra su testimonio cristiano en las diversas facetas de su vida. Después de su bautismo, y especialmente después de su matrimonio por la Iglesia, en 1974, con Shadi Eveline Monyai, Benedicto se convirtió en una guía para los jóvenes y pasó muchas horas y fines de semana con ellos, catequizándoles y enseñándoles.

Cuando se formó el primer Consejo Pastoral Parroquial, fue elegido presidente. Ayudó a enseñar el catecismo a los niños y a los adultos, dirigiendo las celebraciones dominicales en ausencia de un sacerdote, visitando a los enfermos y los que no practicaban, y ayudando a los pobres y necesitados. En la iglesia él ayudó a comenzar una guardería.

De vez en cuando, la pequeña comunidad cristiana se reunía en su casa y durante estas reuniones, se rezaba el Rosario y se compartía la Palabra de Dios.

En su familia, Benedicto era un verdadero modelo de referencia como marido y padre, totalmente dedicado al ideal de la familia como «Iglesia doméstica». En clase, no solo se preocupaba por proporcionar a los estudiantes un buen nivel de educación, sino que, sobre todo, les inculcaba los valores morales fundamentales para la formación de su personalidad. Siendo un deportista hábil y motivado, Benedicto inculcó a los jóvenes los valores del esfuerzo en el trabajo, de la disciplina, de la corrección y del espíritu de equipo. Como presidente de la escuela, fue muy respetado y escrupuloso. Él motivó y capacitó a todo su personal para proporcionar la mejor educación posible a los estudiantes, involucrando a los padres como colaboradores de todo el proceso educativo.

En la esfera pública, Benedicto no ocultó su posición contra la brujería, la magia y el asesinato ritual, que aún hoy tienen el poder de impedir el desarrollo y el progreso de la sociedad. Las acusaciones de brujería a menudo son impulsadas por los celos, el miedo y la sospecha hacia las personas más comprometidas y que triunfan en sus negocios. Benedicto se dio cuenta de la necesidad de liberar a las personas de estos efectos paralizantes, para permitirles asumir la responsabilidad personal de sus propias vidas y convertirse en adultos maduros.

Esta es la razón por la cual su papel en ayudar a las personas a alcanzar la verdadera libertad interior fue importante no solo para la Iglesia, sino para toda la sociedad. En la comunidad local, como consejero y asesor del alcalde del pueblo, y en la comunidad eclesial, como catequista y animador de la oración, Benedicto demostró un espíritu de genuino amor cristiano, de respeto, generosidad, honestidad y libertad. Pero, sobre todo, Benedicto siempre fue un hombre de una profunda oración, cuya vida espiritual se nutría constantemente de los sacramentos, especialmente de la Eucaristía y de la Palabra de Dios. Este gran misterio de fe y amor significaba todo para él: era el centro de su vida.

Nunca se avergonzó de manifestar su gran fe en Dios: era Dios quien le daba las fuerzas. Las personas que lo conocieron de cerca han dado testimonio de que el progresivo crecimiento de su relación con Dios era claramente visible, así como la fidelidad con la que vivió los valores que había abrazado el día de su bautismo. Él quería que todas las personas estuviesen orgullosas de su fe católica y que asumieran una responsabilidad real hacia la Iglesia que tanto amaba. Esto significaba trabajar en los ambientes locales por las vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa, ser activo en la Iglesia y apoyarla financieramente.

Su posición contra la brujería no era muy popular, porque se oponía a algo arraigado en la cultura local. También había otras personas que, como Benedicto, consideraban el mundo de la brujería como el fruto del mal, del miedo, de la desconfianza, de la enemistad, de la injusticia y de la violencia, y pensaban que la gente debería haber abandonado dicha práctica, y liberarse así. Sin embargo, esta gente, incluidos los ministros religiosos, guardaban silencio por temor a las represalias. Benedicto era diferente. Él hablaba abierta y enérgicamente en público, oponiéndose a quienes recurrían a la brujería. Benedicto Daswa nunca aceptó compromisos. Siempre fue fiel a su fe cristiana.

Defendió a las personas que se negaban a pagar para consultar al *sangoma* (el chamán), no quería que la gente pagara por algo que no existía. Pero Benedicto, sobre todo, no podía aceptar que un inocente fuese asesinado o desterrado de la aldea por ser acusado de supuesto hechicero. Lo que, por el contrario, normalmente ocurría es que, a través de los rumores, las maledicciones y los chismes, se señalaba con el dedo a alguien, a menudo a una mujer anciana o a cualquier otra persona vulnerable. La gente no buscaba pruebas de culpabilidad, sino que directamente recurría a un *sangoma* que generalmente confirmaba sus sospechas. El acusado no tenía ninguna posibilidad de defenderse.

Entre noviembre de 1989 y enero de 1990 se desataron grandes tormentas en la aldea donde Benedicto vivía con su familia. El 25 de enero de 1990, durante una de dichas tormentas, los techos de algunas cabañas

fueron alcanzados por un rayo y se incendiaron. La mayoría de las personas creía que cuando caía un rayo en una casa, era culpa de una persona a la que la gente consideraba un hechicero. Y según la cultura tradicional, los hechiceros tenían que ser capturados y asesinados, así como cualquier otra persona que los protegiese, porque representaban una amenaza para la sociedad. Esta era la cultura tradicional. Benedicto era consciente de la creciente presión en su contra.

Por lo tanto, el domingo siguiente el alcalde del pueblo convocó una reunión de los concejales para abordar el problema. Benedicto todavía no había llegado cuando se decidió que algunos miembros de la comunidad deberían recurrir a un *sangoma* para encontrar al hechicero que había enviado el rayo. Pero primero tendrían que recaudar el dinero necesario para pagarlo. Cuando llegó Benedicto, inmediatamente trató de hacerles cambiar de opinión, señalando que su decisión conduciría a la muerte de algún inocente. La reunión terminó con la firme decisión del consejo y la negativa de Benedicto a colaborar. Sus enemigos reunieron pues a un grupo de jóvenes y adultos para que lo matasen. El viernes 2 de febrero de 1990, fiesta de la presentación del Señor en el templo, se convirtió en un día de fiesta por la entrada de Benedicto Daswa en el paraíso.

El aspecto más significativo del testimonio de Benedicto tiene que ver con su capacidad para abrazar críticamente todo lo que era bueno en su cultura, desafiando al mismo tiempo con valentía los elementos culturales que obstaculizaban la realización de la vida en su plenitud. Benedicto creía firmemente que el matrimonio era una relación entre iguales y para toda la vida, una colaboración fiel de vida y amor. En una comunidad africana rural, patriarcal y tradicional, en el apartheid de Sudáfrica, Benedicto dio un testimonio profético de una actitud respetuosa hacia la igualdad de las mujeres. Él creía en un matrimonio fiel y monógamo que encuentra su pleno significado en el sacramento cristiano. Como lo testificaron sus hijos, él nunca se avergonzó de ayudar a Eveline, su esposa, en las tareas domésticas, generalmente reservadas para las mujeres. Rezaba todos los días con su familia y animaba a todos los padres a orar con sus hijos. Organizaba

reuniones familiares regulares y actuaba como mediador y consultor de las parejas en dificultad. Por último, Benedicto fue un ferviente maestro y educador, convirtiéndose en el director de la Escuela Primaria de Nweli, donde enseñó durante muchos años. Pero, por encima de todo, como señalaron los que lo conocieron bien, Benedicto fue un hombre profundamente humilde, que siempre usaba el poder de la confrontación y del diálogo que le llegaba desde su fe y amistad con Jesús.

Él nunca renunció a su cultura africana, sino que abrazó los mejores aspectos, purificados y madurados por la fe. Su historia refleja el compromiso sincero con los valores de la ética «Ubuntu», es decir, en su profundo y sincero compromiso con el bien común y el servicio de la vida. El ejemplo que ofrecía con su actitud cotidiana –como laico, padre de familia, diligente catequista y solícito profesor– es lo que hoy muchos sudafricanos pueden considerar el legado más importante de su vida: no en contra de su cultura, sino por el bien propio y de la propia cultura y nación.

Bautizados
y enviados

Octubre
2019